

DANTE SALATINO

Por Julieta Ruiz Díaz

Querido Dante,

Sé que no te gustaban las formalidades ni los elogios. Te voy a hacer caso en lo primero, pero no en lo segundo.

Quienes te conocimos, pudimos disfrutar de tu cultura, de tu charla lúcida, de tus ideas claras y de enorme sentido del humor. Eras tan modesto que había que saber hacerte hablar para que contaras sobre vos.

No me olvido del día que me contaste sobre tu salud. Hablaste con pudor sobre la muerte. Y al mismo tiempo con una claridad apabullante. Habló la racionalidad del médico y la sensatez del hombre. No supe qué decirte más que escucharte.

Supiste combinar tan bien tu carrera de médico cardiólogo con la de doctor en lingüística. Seguramente pudiste haber sido un hombre con más dinero- siempre viviste de forma muy sobria- pero tu honestidad te hizo irte de lugares donde había que negociar o aceptar actuar como no estabas de acuerdo. Siempre decías: “eso no está bien”, cuando contabas alguna anécdota no muy simpática sobre tus puestos de trabajo o cuando fuiste alumno en la Facultad de Filosofía y Letras. Y digo que no fueron buenas experiencias porque tuviste que renunciar a trabajos o hacer un esfuerzo enorme al no tener apoyo de algunos profesores por muchos motivos: porque ya tenías el título de médico entonces eras “poco serio y formado” al querer estudiar, además, Letras. Esas cosas curiosas de la facultad donde estudiamos, que en vez de ser un mérito el hecho de hacer más cosas, es un impedimento. Por supuesto tampoco te querían mucho en esa casa de estudios – qué contradicción decirle “casa de estudios” y que no ayudaran a estudiar- por tus ideas políticas y religiosas. No vamos a entrar en detalles. Pero a pesar de que los años pasan, sigue siendo un misterio la mente cerrada y chata de una facultad donde se enseña a pensar teóricamente. Por supuesto, en tus carreras, encontraste gente valiosa también. Y te quedabas con lo bueno porque tus recuerdos siempre tenían ese toque gracioso u optimista.

Extraño escucharte, extraño tus mensajes diarios, extraño ir a tu casa a tomar cafecitos y sentarnos los tres, con tu amor de años. Esa música clásica que te acompañaba siempre, el ambiente cálido que se respiraba en tu casa, la simpatía de tu hijo cuando nos saludaba.

Me gusta mucho escribir, pero no soy buena para las despedidas. Solamente quiero agradecerte una vez más todo lo que me ayudaste. Sabías que no estabas bien y por eso escribiste varios artículos para que *Hay que decirlo con libertad* tuviera artículos durante varios números. Gracias por tu aliento

permanente, por ser parte de decisiones claves, por hablarme siempre de papá para mantener ese recuerdo que con generosidad te ocupabas de sostener.

Esta carta es un agradecimiento para vos, pero siento que hablo de mí. Quizás es inevitable porque recuerdo todo lo que recibí de vos tan desinteresadamente, como cada gesto que tenías con la gente. Te quiero Dante. Y te abrazo fuerte fuerte como cuando te decía “hasta el miércoles que viene” para otro cafecito sin azúcar, como nos gustaba a los dos.